

## 1 EL INVENTOR DEL CINE PROLETARIO

DESDE QUE EWALD y yo conocimos a Dora Bakarel aquella tarde de mayo de las postrimerías del siglo pasado en Berlín, me he venido preguntando con cierta insistencia, si a Slatan Dudow se le pasaría por la cabeza la idea de la posteridad. Lo que en alemán, su lengua de adopción, llaman el *posmundo*, *die Nachwelt*. Si al Slatan Dudow de carne y hueso, al hombre de teatro, al autor, al cineasta por encima de todo, le habría preocupado mucho, poco o nada *su* posmundo. Le preocupaba el mundo. No le había gustado cuanto tenía de arbitrario, torcido, mezquino cuando empezó a tratar de entenderlo en el pueblo búlgaro de Zaribrod donde nació, y que ya en la infancia de Dora Bakarel pasó a ser territorio yugoeslavo, y en Sofía adonde se trasladó su familia cuando él estudiaba la secundaria, y más tarde en Berlín, donde se instaló con todo el ímpetu juvenil. Por eso lo quería cambiado de raíz.

Bajo ese signo intenta vivir sus ideas, su ilusión, crea sus fábulas. Escribirlas, transformarlas en imágenes animadas, llevarlas a la pantalla grande contra viento y marea habrá de ser su oficio.

Pasados los años, ungido inventor del cine proletario, en más de una ocasión se verá forzado a justificarlas, incluso a defenderlas bajo el mismo signo en una república que asegura estar transformándose, ella sí, de raíz. Tal figura en algunos libros, Slatan Dudow inventor del cine proletario, y tal parece haber sido el consenso en la república alemana de equívoca autodenominación democrática y que hoy no existe.

Cuando la muerte lo sorprendió un 12 de julio en esa ruta difícil que le había costado una biografía agitada, Dudow aún tenía planes. Corría el año de 1963.

Del modo en que lo ve su hija Dora, sin embargo, de esa manera en que insiste en presentárselo al mundo, bien puede ser que a Slatan Dudow la posteridad le importase un comino y ella se engañe de plano. Que Dudow, bien puede ser, no hubiese fantaseado siquiera sobre su posmundo y lo hubiesen traído sin cuidado las vicisitudes para asegurarse un puesto más o menos fijo en aquella galería de papel.

—De papel moneda también —dice Ewald, el único destinado a conocer a la hija esa tarde en buena cuenta, y yo me digo sabrá por qué lo dice, es abogado.

Tal vez el Slatan Dudow padre, en cambio, haya pensado en un destino muy diferente para su hija Dora, no tan mustio, not a blue one, si suponemos que pensase concretamente en su destino. Por qué no si era su única hija. Por qué no si en todas sus películas [...]